

MONSALVO ANTÓN, José María (ed.)

Élites, conflictos y discursos políticos en las ciudades bajomedievales de la Península Ibérica.

Ediciones Universidad de Salamanca.

Salamanca, 2019, 296 pp.

ISBN: 978-84-1311-038-7

Ha sido publicado a principios de 2019 un nuevo trabajo de un equipo de medievalistas castellanos que continúa la senda abierta por otro anterior de mayor enjundia, editado en 2017, que llevaba por título *Discurso político y relaciones de poder: ciudades, nobleza y monarquía en la Baja Edad Media*. Ambos surgen de las líneas de investigación y el intercambio de ideas emprendidos en sendos proyectos colectivos que han abarcado buena parte de la presente década. En concreto, el libro que ahora se trata es el fruto de un coloquio homónimo celebrado en octubre de 2017, si bien el nudo argumental de sus investigaciones viene recogido de manera más precisa por los títulos de aquellos dos proyectos, la ciudad y la nobleza castellanas en un periodo histórico que cada vez bascula más hacia la Modernidad, en consecuencia, hacia la construcción del Estado moderno. Una sensible diferencia entre ambas obras colectivas: el relativo peso que les era reconocido a la economía y la fiscalidad en el primer texto se diluye en el volumen siguiente, donde el análisis en torno a la coexistencia de las jurisdicciones señoriales y urbanas, con las consecuentes tensiones políticas, y a las estructuras sociales que articulaban las relaciones de la clase dirigente municipal aglutinan el interés del grupo de historiadores.

En el trasfondo de ese planteamiento parece emerger la necesidad de replantear la historia política tradicional, ensamblada a partir de las ricas crónicas bajomedievales castellanas, instrumento apologético de la superioridad social de la nobleza. Ciertamente,

mal se entiende que una sociedad que demostró tal potencialidad económica hacia las décadas finales del siglo xv hubiera tenido como única realidad política precedente décadas de violencia, destrucción y rapiña protagonizada por facciones nobiliarias antagonistas de las ciudades y sus élites urbanas emergentes. La renovación induce al esfuerzo heurístico de escudriñar y desempolvar nuevas fuentes archivísticas: los registros de actas municipales (Yolanda Guerrero, José María Monsalvo, José Antonio Jara, José Ramón Díaz y Arsenio Dacosta), documentación considerada tradicionalmente extraña a la sociedad urbana castellana de la época, que no solo recogen las decisiones del concejo sino también las convocatorias de hermandades (Javier Sebastián, José María Sánchez); el libro de una cofradía de élite (Alicia Montero), pieza siempre rara en cualquier sitio; o una variopinta documentación de ámbito privado (notarial) y público (judicial), como en el caso de la ciudad de Valencia (Rafael Narbona), son las fuentes archivísticas utilizadas. Y, en caso de seguir abordando fuentes usadas en el pasado con mayor frecuencia (cancillería, registros de cortes, crónicas), su análisis trata de recuperar desde una perspectiva distinta las voces perdidas de las ciudades en el damero político (Nuria Corral y Adelaide Millán da Costa).

Dada la homogeneidad del equipo central de investigadores, que ha compartido durante bastantes años líneas de investigación próximas, la casuística abordada se concentra en dos subespacios territoriales: el valle del Duero, donde la ciudad de Burgos, gran urbe regional, atrae una parte significativa de las investigaciones (Yolanda Guerrero, Javier Sebastián o Alicia Montero) frente a otras áreas menos significadas como las villas situadas al sur del Duero (José María Monsalvo); y el sistema integrado por los

valles del Tajo, Guadiana y Júcar, que retiene una miríada de poblaciones menores junto a Toledo y, sobre todo, Cuenca (José María Sánchez, José Antonio Jara o Nuria Corral). Y, como suele suceder con eventos como el coloquio mencionado, el toque diferencial es aportado por otras sociedades urbanas que circundan esas dos grandes subregiones castellanas: al norte, la villa de Bilbao (José Ramón Díaz de Durana y Arsenio Dacosta); al este, otra ciudad mercantil y marítima, Valencia (Rafael Narbona); y al oeste, Braganza, en las tierras portuguesas del Duero (Adelaide Millán).

Sobre este vasto y heterogéneo espacio social la casuística ha abordado un amplio registro de temas que tratan de englobar la compleja relación mantenida entre la nobleza y la ciudad: los vínculos y conflictos de la alta y mediana noblezas territoriales con el municipio a través del análisis de las decisiones políticas del consistorio y los efectos de la violencia señorial sobre la merma de la jurisdicción territorial urbana, con un relato de injerencias y usurpaciones territoriales o de acaparamiento de rentas fiscales; la organización defensiva del municipio a fin de proteger su jurisdicción territorial, la resistencia militar urbana y la extensión de su amparo a otros concejos menores más desprotegidos o, lo que es lo mismo, el liderazgo de una gran ciudad en el seno de una liga militar de villas; la representación institucional de las ciudades, incluso las de cuño señorial, y su relación con la institución superior, la monarquía; la prolongación regional de la jurisdicción urbana, su extensión sobre una región económica y la defensa de los intereses de las élites municipales frente a sus rivales; la consolidación de instituciones sociales que servirían de marco de relación e identidad de la oligarquía política local como fueron las cofradías devocionales de élite, e incluso de

estructuras sociales más esenciales, como los linajes, claves en el reparto de los cargos concejiles y la acción política de los municipios; los conflictos internos surgidos en el proceso de renovación de la oligarquía ciudadana parapetada frente al empuje de grupos arribistas que forzaban las barreras de la distinción social, materializados en enfrentamientos de bandos conformados en el seno de una misma villa; o la transmisión de la vehemencia y la tensión a través de todo el edificio social siguiendo las obligaciones clientelares verticales contraídas en la constitución de aquellos bandos urbanos.

Sin duda, los planteamientos son ambiciosos y la problemática tan compleja que una decena de casos solo pueden plantear una aproximación al tema. Por de pronto, las crónicas políticas, incluso siendo analizadas desde una perspectiva distinta, siguen teniendo un peso crucial en la construcción del relato. Implica que la violencia señorial y la imagen de las facciones aristocráticas como depredadoras de las rentas fiscales y las jurisdicciones urbanas, por más que se consideren estrategias de cohesión de los estados señoriales, se mantienen como coordenadas de calado del modelo interpretativo, al menos hasta la inauguración del Estado moderno. Por ello, el análisis de la *violencia* mantiene su importancia en este proyecto; una violencia que se difumina a lo largo de toda la escala social, cierto es, pero casi siempre entroncada con las facciones nobiliarias y las tensiones políticas que dirimían el juego de la oligarquía urbana, incluso cuando esta relación intrínseca no llega a explicitarse en algunas ocasiones. El problema es que, como alguno de los autores lamenta, esta atracción por la nobleza territorial implica de algún modo relegar el papel crucial jugado por la aristocracia instalada en el seno de las propias élites urbanas y, lo que es más difícil de demostrar,

arrinconar el análisis de trayectorias ascendentes de grupos sociales medios, que acabarían ennobleciéndose. También se evidencia que, sobre ese extenso espacio analizado, tratan de equipararse procesos y categorizarse conceptos no siempre fáciles de igualar: villas con jurisdicciones y dinámicas políticas distintas, caracterizadas por estructuras sociales no siempre homologables, que mantenían relaciones no siempre comparables con una nobleza que es considerada más como grupo homogéneo antagonico, reforzado en un espacio jurisdiccional amenazante. En definitiva, implica primar una parte de la nobleza,

la más conspicua y, por tanto, la mejor documentada, pero quizá la menos integrada en la propia dinámica interna de la reproducción social urbana; es decir, dar la espalda a esa otra posible nobleza que, durante la etapa de guerras civiles, debió hacerse con los engranajes del poder mientras ascendía en la escala social hasta alcanzar su éxito cuando la conformación de un nuevo modelo de estado supondría no solo la pacificación de las ciudades sino la constatación del dominio final de aquella en la sociedad urbana.

Enrique Cruselles Gómez